

LEOPOLD VON SACHER-MASOCH

La Venus de las pieles

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS SÁNCHEZ PASCUAL

TUSQUETS
EDITORES

Índice

La Venus de las pieles	11
------------------------------	----

Apéndices

Dos contratos de Sacher-Masoch	185
El encuentro con Luis II	188

Dios lo castigó y lo puso
en manos de una mujer.

Libro de Judit, 16, 7

Me hallaba en amable compañía.

Cerca de una imponente chimenea renacentista estaba sentada frente a mí Venus, ella misma; no una *demi-mondaine* cualquiera que, adoptando ese nombre, hiciese la guerra, cual Mademoiselle Cleopatra, al sexo opuesto, sino la propia Venus, la auténtica diosa del amor.

Estaba sentada en una butaca y había encendido un enorme fuego, que crepitaba. El resplandor de las llamas rojas lamía su pálido rostro de ojos blancos y también, de vez en cuando, sus pies, cuando trataba de calentarlos.

A pesar de sus muertos ojos de piedra, la cabeza de Venus era maravillosa, pero todo lo que yo veía de ella era eso. La divina había envuelto su cuerpo de mármol en un gran abrigo de pieles y, tiritando como una gata, se había arrebujado en él.

—No os entiendo, Madame —exclamaba yo—, verdaderamente ya no hace frío, llevamos dos semanas de magnífica primavera. Sin duda estáis nerviosa.

—Muchas gracias por vuestra primavera —decía ella con su grave voz de piedra y a continuación estornudaba divinamente dos veces seguidas—, verdaderamente no puedo soportarlo y estoy empezando a comprender...

—¿Qué, Madame?

—Estoy empezando a creer en lo increíble y a comprender lo incomprensible. De repente comprendo la virtud de las mujeres germánicas, así como la filosofía alemana, y ya no me asombro de que vosotros los hombres del Norte no sepáis amar y ni siquiera tengáis la menor noción de lo que es el amor.

—Permitidme, Madame —replicaba yo empezando a enojarme—, realmente no os he dado ningún motivo.

—Bueno, vos, no —la divina estornudaba por tercera vez y se encogía de hombros con una gracia inimitable—, a cambio he sido siempre complaciente con vos e incluso vengo a visitaros de cuando en cuando, aunque siempre me constipo enseguida, a pesar de las muchas pieles con que me abrigo. ¿Aún os acordáis de nuestro primer encuentro?

—¿Cómo podría olvidarlo? —decía yo—. En aquella ocasión teníais abundantes rizos morenos, unos ojos castaños y unos labios rojos; pero os he reconocido enseguida por el perfil y por esa palidez marmórea de vuestro rostro... Llevabais entonces un chaquetón de terciopelo azul violeta, ribeteado con pieles de marta cebellina.

—Sí, estabais completamente enamorado de aquel traje y mostrabais muchos deseos de aprender.

—Vos me enseñasteis lo que es el amor, el jovial culto que le rendíais hizo que yo olvidase dos mil años de historia.

—¡Y qué ejemplarmente fiel os fui!

—Bueno, en cuanto a fidelidad...

—¡Desagradecido!

—No voy a haceros ningún reproche. Sois una mujer divina, pero una mujer, y, como todas, cruel en el amor.

—Llamáis cruel —replicaba con viveza la diosa del

amor— a lo que en realidad constituye la sustancia de la sensualidad, la sustancia del amor jovial, a lo que es la naturaleza de la hembra, que consiste en entregarse cuando ama y en amar todo aquello que le gusta.

—¿Hay, para el amante, crueldad mayor que la infidelidad de la amada?

—¡Ay! —replicaba ella—, nosotras somos fieles mientras amamos, pero lo que vosotros nos exigís es fidelidad sin amor y entrega sin placer. ¿Quién es, pues, cruel, la mujer o el varón...? Aquí en el Norte dais demasiada importancia y seriedad al amor. Habláis de deberes, cuando sólo debería hablarse de placeres.

—Sí, Madame, pero a cambio nuestros sentimientos son muy respetables y virtuosos y nuestras relaciones, muy duraderas.

—Y, no obstante, sentís esa nostalgia permanentemente viva, siempre insatisfecha, del paganismo sin rebozo —me interrumpía ella—. Pero a vosotros los modernos, a vosotros los hijos de la reflexión, os incomoda el amor entendido como goce supremo, os incomoda la divina jovialidad. Ese amor os trae desgracias. *Os hacéis vulgares en cuanto queréis mostraros naturales.* La naturaleza se os presenta como algo hostil; a los risueños dioses de Grecia nos habéis convertido en diablos, y a mí, como a todas las diosas, a mí me habéis transformado en una diablesa. Lo único que sabéis hacer es o bien desterrarme y maldecirme o bien inmolaros como víctimas ante mi altar, poseídos por una locura propia de bacantes; y si uno de vosotros ha tenido alguna vez la osadía de besar mis rojos labios, peregrina descalzo y con hábito de penitente a Roma y aguarda con paciencia a que florezca su seco bastón, mientras bajo mis pies brotan a todas horas rosas, violetas y mirtos, cuyo

perfume no percibís; seguid, pues, envueltos en vuestras nieblas nórdicas, en vuestros inciensos cristianos; dejadnos a los paganos reposar bajo las ruinas, bajo la lava, no nos desenterréis, para vosotros no fue construida Pompeya, para vosotros no fueron contruidos nuestros baños, nuestras villas, nuestros templos. ¡Vosotros no necesitáis dioses! ¡En vuestro mundo nosotros nos aterimos de frío!

La hermosa dama de mármol tosía y apretaba aún más alrededor de sus hombros las oscuras pieles de marta cebellina que ribeteaban su abrigo.

—Os agradezco esa lección de clasicismo que acabáis de darme —replicaba yo—, pero lo que no podéis negar es que tanto en vuestro jovial y soleado mundo como en el nuestro, envuelto en brumas, el varón y la mujer son enemigos por naturaleza, y que el amor los une por breve tiempo, haciendo de ellos un único ser, capaz de un único pensar, un único sentir, un único desear, para luego desunirlos todavía más; y quien entonces no es capaz de imponer su yugo..., pero eso lo sabéis vos mejor que yo..., quien entonces no es capaz de imponer su yugo, sentirá pronto en su nuca el pie del otro...

—De ordinario es el varón el que siente sobre sí el pie de la hembra —exclamaba burlona y arrogante doña Venus—, y eso sí que lo sabéis vos mejor que yo.

—Sin duda, y justo por ello no me hago ilusiones.

—O sea, que ahora sois mi esclavo sin ilusiones y yo, a cambio, os pisotearé sin piedad.

—¡Madame!

—¿Aún no me conocéis? Sí, soy *cruel*..., ya que tanto os gusta esa palabra...; ¿y es que no tengo derecho a serlo? El varón es el que desea, la hembra es la desea-

da; ésa es su única, pero decisiva ventaja; merced a la pasión del varón la naturaleza lo ha entregado a la mujer, y la que no sabe convertir al varón en su súbdito, en su esclavo, incluso en su juguete, y que no sabe a la postre traicionarlo entre risas, no es una mujer inteligente.

—Esos principios vuestros, Madame... —objetaba yo indignado.

—Estos principios míos —respondía ella con sarcasmo, mientras sus hermosos pies jugaban con las oscuras pieles—, estos principios míos se basan en una experiencia milenaria. Cuanto más fácilmente se entregue la hembra, tanto más pronto se volverá frío y dominador el varón; pero cuanto más cruel y desleal sea ella, cuanto más lo maltrate, cuanto más despiadadamente juegue con él, cuanto menos compasión muestre, tanto más excitará la sensualidad del hombre y más amada y adorada será por él. Así ha sido siempre, desde los tiempos de Helena y Dalila hasta los de Catalina II y Lola Montes.

—No puedo negarlo —decía yo—, nada hay que pueda excitar tanto al varón como la estampa de una déspota bella, voluptuosa y cruel, que, arrogante y desconsiderada, cambia de favoritos como le viene en gana...

—Y que además va envuelta en un abrigo de pieles —exclamaba la diosa.

—¿Por qué decís eso?

—Es que conozco vuestras preferencias.

—¿Sabéis —la interrumpía yo—, sabéis que, desde que no nos vemos, os habéis vuelto muy coqueta?

—¿Puedo preguntar en qué sentido?

—En el sentido de que es imposible que haya para vuestro blanco cuerpo un fondo más espléndido que esas pieles oscuras, que os...

La diosa se echaba a reír.

—Estáis soñando —exclamaba—, ¡despertaos!

Venus ponía su mano de mármol en mi hombro.

—¡Vamos, despertaos! —volvía a retumbar su voz con su tono más grave.

Yo abría dificultosamente los ojos.

* * *

Veía la mano que estaba sacudiéndome, pero, de repente, aquella mano era una mano morena y la voz era la áspera voz aguardentosa de mi viejo sirviente, que estaba de pie ante mí, con sus casi seis pies de estatura.

—Vamos, despertaos —seguía diciendo el buen hombre—, es una auténtica vergüenza.

—¿Y por qué es una vergüenza?

—Es una vergüenza adormilarse vestido y, además, con un libro en la mano —despabiló las velas casi consumidas y recogió el volumen que se me había deslizado de las manos—, con un libro de... —miraba la portada—, con un libro de Hegel, cuando ya es hora de que vayamos a casa del señor Severin, que está aguardándonos para tomar el té.

* * *

—Es un sueño realmente extraño —dijo Severin cuando acabé de contárselo.

Apoyó los codos en las rodillas, se cubrió el rostro con sus manos de finas venas y se abismó en sus reflexiones.

Yo sabía que Severin estaría bastante tiempo sin moverse y casi sin respirar, y eso fue efectivamente lo que

ocurrió. Aquella manera suya de comportarse no tenía, sin embargo, nada de sorprendente para mí, pues hacía casi tres años que lo trataba, éramos buenos amigos y me había acostumbrado a todas sus extravagancias. Desde luego no cabía negar que Severin era raro, pero no era en modo alguno un loco peligroso, como lo consideraban no sólo sus vecinos, sino todos los habitantes de Kolomea. A mí su forma de ser me resultaba no sólo interesante, sino —y eso hacía que también a mí muchos me considerasen un poco chalado— muy simpática.

Para ser un hidalgo y hacendado de Galitzia, y para su edad —tenía poco más de treinta años—, Severin mostraba en su forma de ser una llamativa moderación, así como una cierta seriedad e incluso amaneramiento. Vivía de acuerdo con un sistema medio filosófico medio práctico que cumplía a rajatabla; su vida se regía, por así decir, por el reloj, y no sólo por el reloj, sino también por el termómetro, por el aerómetro, por el hidrómetro, por Hipócrates, por Hufeland, por Platón, por Kant, por Knigge y por Lord Chesterfield. Pero de vez en cuando sufría violentos arrebatos pasionales y durante ellos ponía cara de querer hacer disparates; entonces todo el mundo prefería evitarlo.

Durante el tiempo en que Severin permaneció mudo, en la chimenea cantaba el fuego, encima de la mesa cantaba el grande y venerable samovar en que se preparaba el té, también cantaba la mecedora de sus antepasados, en la que estaba yo sentado fumando y balanceándome, y asimismo cantaba, en las viejas paredes, el grillo. Recorrí con la mirada los extraños objetos que habían ido acumulándose en aquella habitación: esqueletos de animales, pájaros disecados, esferas ar-

milares, vaciados de escayola, hasta que mis ojos quedaron prendidos casualmente en un cuadro que ya había visto muchas veces, pero que precisamente aquel día, iluminado como estaba por los rojizos resplandores del fuego de la chimenea, me produjo una impresión indescriptible.

Era un gran cuadro al óleo, pintado con la energía y la densidad de colores de la escuela flamenca. Su asunto era bastante extraño.

Una hermosa mujer en cuyo fino rostro se dibujaba una risa radiante, una mujer de cabellera abundante y empolvada, recogida en un moño a la manera de la Antigüedad, sobre la cual los blancos polvos parecían una escarcha ligera, reposaba en una otomana; estaba desnuda, envuelta en un abrigo ribeteado de pieles oscuras, y se apoyaba en el brazo izquierdo; su mano derecha jugueteaba con un látigo, mientras su desnudo pie se apoyaba con descuido sobre el varón que yacía ante ella como un esclavo; y aquel varón, de rasgos marcados, pero bien formados, en los que había una melancolía ensimismada y una pasión entregada, y que alzaba hacia ella sus soñadores y ardientes ojos de mártir, aquel varón que formaba el escabel de los pies de la mujer, era Severin; pero allí no llevaba barba y parecía diez años más joven.

—*La Venus de las pieles* —exclamé, señalando el cuadro—, así es como la he visto en mi sueño.

—También yo la he visto así —dijo Severin—, sólo que yo soñé con los ojos abiertos.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Ay!, se trata de una triste historia.

—Sin duda tu cuadro es el que ha dado pie a mi sueño —continué diciendo—, pero aclárame por fin de qué historia se trata; puedo imaginarme que esa mujer

ha desempeñado algún papel, tal vez un papel muy decisivo, en tu vida, pero lo demás estoy aguardando con impaciencia a que me lo cuentes tú.

—Observa bien el cuadro de enfrente, que hace pareja con él —replicó mi extraño amigo, sin responder a mi pregunta.

El cuadro de enfrente era una excelente copia de la conocida *Venus del espejo*, de Tiziano, que se encuentra en el museo de Dresde.

—¿Qué es lo que quieres decir?

Severin se levantó y señaló con el dedo las pieles con las que Tiziano había vestido a su diosa del amor.

—También ésta es una *Venus de las pieles* —dijo, sonriendo finamente—, pero no creo que el viejo veneciano lo hiciese a propósito. Simplemente retrató a una aristócrata Mesalina cualquiera y tuvo la gentileza de hacer que quien le sostuviese el espejo en que ella examina con fría complacencia sus majestuosos encantos fuese Cupido, a quien este trabajo no parece gustarle demasiado. El cuadro es una lisonja pintada. Más tarde, en la época del rococó, algún «experto» le puso a esta dama el nombre de Venus, y las pieles de la déspota, en las que la bella modelo de Tiziano sin duda se envolvió más por temor a resfriarse que por razones de pudicia, convirtiéronse en símbolo de la tiranía y la crueldad que hay en la hembra y en su belleza. Pero basta de palabras; el cuadro, tal cual es ahora, se nos presenta como la más picante sátira de nuestro amor. En el abstracto Norte, en el gélido mundo cristiano, Venus tiene que envolverse en un grande y pesado abrigo de pieles para no constiparse.

Severin se echó a reír y encendió otro cigarrillo.

En aquel momento se abrió la puerta y una guapa

y regordeta rubita de ojos vivos y cariñosos, vestida con un traje negro de seda, entró en la habitación y nos trajo carne fría y huevos para el té. Severin cogió un huevo y lo partió con el cuchillo.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que los quiero poco cocidos? —gritó con tal violencia que hizo estremecerse a la joven.

—Pero mi querido y pequeño Severin... —dijo ella con miedo.

—¿Qué es eso de pequeño Severin? —gritó él—. Obedecer, eso es lo que debes hacer, obedecer, ¿entiendes? —y con furia descolgó del clavo el látigo de mango corto que estaba junto a sus armas.

Veloz y tímida como una corza, la guapa muchacha salió huyendo del aposento.

—Aguarda y verás, como te coja... —gritó Severin mientras ella escapaba.

—Pero Severin —le dije, poniendo mi mano en su brazo—, ¿cómo puedes tratar de ese modo a una mujercita tan guapa?

—Examínala bien —replicó, guiñando divertidamente los ojos—, si la hubiese halagado, me habría puesto la sogá al cuello, pero como la educo con el látigo, me adora.

—¡Pero eso es absurdo!

—¿Absurdo? Así es como hay que domar a las hembras.

—Por mí, puedes vivir, si quieres, como un pachá en tu harén, pero no me vengas con teorías...

—¿Por qué no? —exclamó Severin con viveza—. La frase de Goethe, «tienes que ser martillo o yunque», a nada se aplica mejor que a las relaciones entre el varón y la hembra. También la Venus de tu sueño te ha ad-

mitido eso, de pasada. El poder de la mujer reside en la pasión del varón y, si éste no se anda con cuidado, ella sabe aprovecharse. Al varón no le queda otra opción que ser tirano o esclavo. En cuanto se entrega, ya tiene la cabeza uncida al yugo y sentirá el látigo.

—¡Qué máximas tan raras!

—No son máximas, son experiencias —replicó Severin bajando la cabeza—, *yo he sido azotado en serio con el látigo*. Me he curado. ¿Quieres saber cómo?

Se levantó y sacó de su imponente escritorio un pequeño manuscrito que dejó sobre la mesa ante mis ojos.

—Antes me preguntaste por aquel cuadro. Hace tiempo que te debo una explicación. ¡Toma... y lee!

* * *

Severin se sentó junto a la chimenea, dándome la espalda; parecía estar soñando con los ojos abiertos. Nuevamente se había hecho el silencio y nuevamente cantaba el fuego en la chimenea, cantaba el samovar encima de la mesa y cantaba el grillo en las viejas paredes. Abrí el manuscrito y leí:

CONFESIONES DE UN HIPERSENSUAL

En su margen estaban escritos los conocidos versos del *Fausto*, con una pequeña variación:

Ah, tú, sensual galán hipersensual,
Te maneja una hembra como quiere.
Mefistófeles